

# GUERRA Y LIBRE COMERCIO: LOS DOS SOPORTES DEL IMPERIALISMO ACTUAL\*

*Renán Vega Cantor\*\**

## INTRODUCCION

Como muestra de la dependencia intelectual que existe en Colombia y en América Latina, resulta sintomático que cuando el discurso de la globalización ha sido abandonado por quienes lo inventaron (los ideólogos del imperialismo estadounidense), como consecuencia de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, aquí se le siga entonando como cualquier disco de moda. No ha importado que con la caída de las torres gemelas también se haya derrumbado estrepitosamente el discurso de la globalización, esa retórica vacía que se repitió estridentemente en la década de 1990. Como lo dice Justin Rosenberg “la llamada ‘era de la globalización’ que tanto obnubiló a los ingenuos ha terminado”, como se evidencia en el hecho que la palabra ha desaparecido, tan repentinamente como surgió, de los medios de prensa de Estados Unidos e Inglaterra<sup>1</sup>.

Hoy por hoy, en vista de los últimos acontecimientos mundiales con los que se reafirma la existencia del imperialismo, el término “globalización” debe desecharse del léxico social, si es que en verdad se

---

\* Segundo Encuentro Latinoamericano de Estudiantes de Geografía Universidad Pedagógica Nacional Departamento de Ciencias Sociales Bogotá, Agosto 22 de 2005.

\*\* Profesor titular, Universidad Pedagógica Nacional.

<sup>1</sup> Justin Rosenberg, *Contra la retórica de la globalización. Ensayos polémicos*, El Ancora Editores, Bogotá, 2004, p. 196.

quieren comprender las tendencias económicas y políticas del mundo contemporáneo, porque una vez más “con la venia de las ciencias sociales se utiliza un término ideológicamente... para favorecer los intereses de ciertos segmentos y fracciones sociales internacionales y nacionales”<sup>2</sup>. En este sentido, “La retórica de la globalización... nos ha obligado a pagar un alto precio, ya que sus presupuestos analíticos se unen para ejercer una especie de veto teórico sobre otros instrumentos más valiosos para entender el mundo contemporáneo y, en particular, su política internacional”<sup>3</sup>.

Y uno de esos instrumentos teóricos es la categoría de imperialismo, con la cual se cuestionan todas las falacias de la globalización. Imperialismo es un término que ha sido eliminado del vocabulario sociológico, económico y político, lo cual se explica por el mismo contenido del vocablo en el que se resalta la dominación y explotación internacionales. Al cerrarse el capítulo de la Guerra Fría, el bando capitalista e imperialista se apresuró a proclamar el ingreso en un nuevo orden mundial de concordia, interdependencia y “paz perpetua”, y ese pretendido nuevo orden fue bautizado como “globalización”. En consecuencia con esa maniobra política e ideológica, el término imperialismo fue abandonado, incluso por sectores que se siguieron reclamando como parte de la izquierda mundial, realista y pragmática, que obsesionados con el cambio de época empezaron a consumir otras denominaciones menos comprometedoras y pretendidamente científicas, tales como “era de la información”, “imperio” o “globalización”.

Al mismo tiempo, que fenecía la URSS, en contra de los postulados de la “globalización” propalados por y desde los Estados Unidos, este país reafirmó – ninguna novedad, conociéndose sus acciones criminales desde comienzos del siglo XIX – su carácter imperialista en todo el orbe. Como bien lo dijo Harry Magdoff, “es verdaderamente extraño encontrar proposiciones encaminadas a rechazar el término imperialismo, cuando

---

<sup>2</sup> Jurgen Schuldt, “Desmitificando el concepto de globalización”, en Benjamin Ramírez y Hermann Weber, *La globalización: desafío para el siglo XXI*, KAAD-ASEKAAD COLOMBIA, Bogotá, 2000, p. 86

<sup>3</sup> J. Rosemberg, *op. cit.*, p. 28.

los rasgos clásicos del Imperialismo son tan evidentes en los asuntos actuales. Por cierto, el fin de la Guerra Fría no representa una gran diferencia. La invasión de Panamá y la brutal guerra contra Irak deberían ser una evidencia suficiente de que la naturaleza de la bestia no ha cambiado”. En estos momentos asistimos al reforzamiento de la dominación imperialista en el sentido más estricto de la palabra, como lo indican las “batallas” de la guerra permanente de los Estados Unidos contra el mundo periférico: Panamá, 1989; Yugoslavia 1998-1999; Afganistán 2001-2005; Irak, 1990-2005; Venezuela, 2002-2005; Haití, 1991-2005; Colombia, 1999-2005. Estas agresiones militares han sido complementadas con la política del “libre comercio” la cual en sentido estricto es otra expresión de la misma estrategia bélica del imperialismo, aunque encubierta con una retórica pretendidamente neutra que se guiaría por las señales del “mercado perfecto” y de su “mano invisible”.

En esta ponencia analizamos cuatro aspectos: en primer lugar, se analiza el asunto del “libre comercio; en segundo lugar, la guerra mundial por los recursos; en tercer lugar, se interrelacionan el comercio y la guerra con el objetivo de demostrar que son complementarios; y en cuarto lugar, se toma como ejemplo de los nexos entre el libre comercio y la guerra el caso de Colombia.

## **1. EL LIBRE COMERCIO**

Una de las principales armas económicas de dominación mundial del capitalismo contemporáneo es el libre comercio, implantado en los últimos 20 años en más de 100 países en el mundo de diversas formas: mediante los Planes de Ajuste Estructural, a través de la deuda externa y del fomento de las economías primarias de exportación, con la firma de Tratados de Libre Comercio entre países imperialistas (encabezados por Estados Unidos) y algunos de sus súbditos del Sur.

Se debe destacar como parte del libre comercio la imposición de Planes de Ajuste Estructural con sus cláusulas de apertura de mercados, privatizaciones, desmantelamiento de los Estados, mercantilización de todos los servicios públicos, desregulación financiera y vía libre a las

inversiones de las empresas multinacionales. Los Planes de Ajuste suponen, además, la desindustrialización de los países y la reprimarización de la economía con el regreso a una vieja división Internacional del trabajo que se creía superada y que se sustenta en el dogma de las “ventajas comparativas”.

El saqueo de los recursos materiales y energéticos de los países dominados del Sur y del Este se ha institucionalizado a través del impulso a las exportaciones, con el consiguiente regreso a las economías primarias tradicionales en muchos países del mundo. Eso explica que el culto a las exportaciones se haya convertido en parte del imaginario político y económico de las clases dominantes de los países periféricos, deseosas de regalar todos los recursos naturales con que cuente un determinado territorio, en aras de ser competitivos en el mercado mundial. Esta ideología exportadora – que cuenta como sus principales exponentes al Banco Mundial, al Fondo Monetario Internacional y a la Organización Mundial de Comercio – se ha constituido en la justificación del saqueo de materias primas y recursos naturales.

Un componente esencial del libre comercio es el de la flexibilización laboral, como parte de la reestructuración mundial del trabajo, con la pretensión de aumentar las ganancias de las multinacionales. Para ello, se ha generalizado la explotación intensiva del trabajo en todo el mundo, mediante el pago de salarios inferiores a los que se conceden en los países imperialistas, la precarización laboral y la eliminación de sindicatos y cualquier forma organizativa de los trabajadores. En todas partes se ha expandido el trabajo asalariado, bajo “nuevas” y viejas formas de explotación, lo que hoy pretende ocultarse porque la palabra explotación, con todo lo que significa, ha desaparecido del lenguaje “científico” de los economistas neoliberales y de la centro izquierda, ahora en el gobierno de varios países. En el capitalismo contemporáneo se combinan las formas más oprobiosas de explotación del trabajo junto con las más sofisticadas, siendo estas últimas a las que los “expertos” dedican estudios e investigaciones. En efecto, a los nuevos trabajadores informáticos e inmateriales, a los sectores de la “nueva economía” y a los “analistas simbólicos” se les muestra como ejemplo de los logros que pueden

conseguir los trabajadores calificados, competitivos y “bien posicionados” en tiempos de “globalización”. Pero esto encubre la realidad del trabajo en el mundo actual, cuando se están extendiendo las formas más inhumanas de explotación laboral, el trabajo infantil y femenino y hasta la esclavitud. Como resultado, gran parte de los trabajadores y de la población ha perdido sus derechos políticos y democráticos, lo que se manifiesta en despidos masivos, contrataciones efímeras y en precarias condiciones, reducción de salarios, ampliación de la jornada de trabajo, recorte de vacaciones y eliminación de la seguridad social y empobrecimiento de la población.

El otro efecto inmediato del libre comercio se percibe en la destrucción de los ecosistemas y la biodiversidad del Sur del mundo, ya que se genera un “intercambio ecológico desigual”. Por tal puede entenderse el resultado ambiental, negativo para los países dependientes, del saqueo por parte de los países altamente industrializados de nuestros productos y materias primas a bajos precios sin contabilizar el agotamiento y perennidad de tales recursos<sup>4</sup>. Esto sucede hoy con los recursos naturales, como la madera -de la cual el Japón es uno de los primeros compradores del mundo-, minerales, petróleo y especies exóticas. También debe considerarse como parte de ese intercambio ecológico desigual el envenenamiento de aguas, aire, tierras y seres humanos que se produce como resultado de la aplicación de plaguicidas en las plantaciones agrícolas de empresas imperialistas en países dependientes (como en Nicaragua por parte de las compañías bananeras, o como en Colombia con la guerra química contra los cultivos considerados ilícitos en todo el territorio nacional).

La voracidad exportadora también está tras el desarrollo de la ingeniería genética y de la biotecnología en los laboratorios de los países imperialistas, lo cual se hace a partir de la base genética natural que existe en las selvas húmedas tropicales, los paramos y los manglares, muchos de los cuales habían permanecido al margen del saqueo de compañías y Estados imperialistas hasta el día de hoy. Con los avances tecnológicos en la investigación biológica y biomédica en los laboratorios de las

---

4. Juan Martínez-Alier, “De l’économie politique à l’écologie politique”, *Un siècle de marxisme. Bilan et prospective critique*, París, 1996, p. 177.

multinacionales, para éstas dichos recursos se han convertido en un botín mercantil. La biodiversidad es el nuevo coto de caza del imperialismo genético, cuyo interés fundamental radica en apropiarse de esa riqueza, para conseguir nuevas mercancías que le generen ganancias, mientras que millones de campesinos e indígenas (expropiados de sus saberes ancestrales, de sus recursos, de sus plantas y animales) se hunden en la miseria. Desde este ángulo, existe un *intercambio genéticamente desigual*, caracterizado por el traslado masivo y tramposo de la riqueza natural que se alberga en los trópicos hacia los países imperialistas, muy poco biodiversos y con una alta homogeneización genética.

Como parte del libre comercio debe destacarse, por último, la exportación de residuos tóxicos por parte de los Estados imperialistas, una práctica propia del imperialismo ecológico, la cual se encuentra estrechamente emparentada con sus estrategias políticas ante los países pobres del mundo. La destrucción ecológica, la pobreza forzada, la guerra de contrainsurgencia, la corrupción y el vertido de residuos tóxicos provenientes del extranjero, forman parte de la misma estrategia: apropiarse de las tierras y recursos de los pueblos más pobres, incluyendo el propio aire que respiramos, para establecer el comercio de derechos de polución. Pero, al mismo tiempo, es un medio de proletarizar a campesinos y aldeanos, conduciéndolos a nuevas formas de explotación y también es una manera de arrasar con los ecosistemas del Sur.

A pesar de los avances tecnológicos de las últimas décadas y de la sustitución de algunas materias primas, en general han aumentado los niveles de explotación de los recursos naturales. Hoy como ayer, los países imperialistas piensan el mundo en términos de las reservas de materias primas y energías y a partir de esos criterios actúan. En esa perspectiva, los vínculos que se establecen entre los países sometidos del Sur y las potencias imperialistas siguen basándose en los recursos que tradicionalmente han sustentado esa relación, ahora con la incorporación de la biodiversidad. Además, la deuda externa conmina a los países dependientes a destinar la mayor parte de sus recursos primarios de exportación al pago de sus compromisos financieros. El problema radica en que al mismo tiempo se han depreciado las materias primas en el

mercado mundial, lo que incrementa los volúmenes producidos empeorando las condiciones de vida de la población y acelerando la destrucción ambiental.

El libre comercio impulsado por los Estados Unidos, la Unión Europea y el Japón tiene como objetivo prioritario obtener ganancias y trasladarlas hacia sus territorios, lo cual se ha conseguido, entre otros mecanismos, por la onerosa deuda externa. Durante las dos últimas décadas esa deuda ha tenido un crecimiento desmesurado en América Latina, donde ha pasado de 355 millardos de dólares a 813 millardos en el año 2000, período en el cual el continente ha pagado 1450 millardos de dólares, es decir 4 veces la magnitud de la deuda de 1982<sup>5</sup>. La transferencia de recursos de los países endeudados del sur a los países prestamistas del Norte representa una cifra anual de 50 mil millones de dólares (esta cifra en sí misma no dice nada, pero se vuelve significativa si tenemos en cuenta que para remediar los problemas de abastecimiento y saneamiento del agua para todo el mundo se necesitarían 9 mil millones, para arreglar los problemas de analfabetismo y falta de educación se precisarían de 6 mil millones y las carencias de salud y nutrición básicas se solucionarían con 13 mil millones), un capital que, desde luego, enriquece al sector financiero y a las clases dominantes de los países imperialistas a la par que empobrece y arruina a la mayoría de los habitantes de África, Asia, América Latina y el Este de Europa.

Para pagar la desorbitante deuda externa, que aumenta todos los días por los altos intereses y por la devaluación de las monedas nacionales, el FMI y el BM imponen onerosas condiciones con la finalidad de que se reduzcan los gastos e inversiones sociales y se cancelen oportunamente los compromisos con los prestamistas. Quien no lo haga corre el riesgo de ser sometido a una persecución económica y a diversas formas de chantaje para que finalmente se someta en forma sumisa. Por todo esto, la deuda externa se ha convertido en un plan de exterminio planificado desde los

---

<sup>5</sup> Eric Toussaint y Arnaud Zacharie, *Sortir de l'impasse. Dette et ajustement*, Syllepse, París, 2002 (un millardo equivale a mil millones de dólares).

países imperialistas, una estrategia de guerra de baja intensidad, con el fin de empobrecer aún más a los países del Sur y hacerlos mucho más dependientes.

## 2. LA GUERRA MUNDIAL POR LOS RECURSOS

Que los recursos materiales son y seguirán siendo importantes para el capitalismo queda evidenciado en los principales conflictos bélicos que se presentan en la actualidad y los que se proyectan para el futuro inmediato. Dado el agotamiento de los recursos naturales no renovables y que otros renovables, en razón de su explotación desaforada se están agotando aceleradamente (determinado tipo de plantas y árboles y el agua) las economías capitalistas compiten en una forma inusitada por usufructuarios. En el caso de los Estados Unidos, el país que más despilfarra materia y energía, el control de estos recursos se convierte en parte esencial de su estrategia de guerra contra el resto del mundo<sup>6</sup>, hasta el punto que ha proclamado como un asunto de seguridad nacional el acceder libremente a las fuentes de petróleo y de materias primas estratégicas. Al respecto, en el documento Santa fe IV se sostiene que el control de los recursos naturales de América Latina no sólo es una prioridad de los Estados Unidos sino una cuestión de seguridad nacional. El control de materias primas no se reduce al petróleo, sino que incluye a todas las que sean necesarias para el capitalismo, como el coltán, indispensable para la producción de teléfonos celulares, y por cuya apropiación se libra una guerra devastadora en distintos lugares de África (especialmente en la República Democrática del Congo), que ha causado miles de muertos en los últimos años.

El control de los recursos es crucial en la lucha por el dominio mundial entre las potencias para mantener el estilo de vida, despilfarrador y consumista, que se ha erigido en los países metropolitanos. La necesidad de controlarlos está determinada por tres razones esenciales: una demanda creciente, la escasez y disminución de algunos de esos recursos, y la

---

<sup>6</sup> Michael T. Klare, *Guerras por los recursos. El futuro escenario del conflicto global*, Ediciones Urano, Barcelona, 2003, p. 23.

competencia por su dominio. En cuanto a la demanda es evidente su aumento en las últimas décadas, como resultado de las mismas innovaciones tecnológicas y del incremento en el consumo todo tipo de productos. En cuanto a las carencias ya se nota la reducción de importantes recursos, en virtud de su explotación intensiva y su consumo desaforado, y no otra cosa podía esperarse de la reducción del manto forestal de la tierra a un ritmo de 0.5 por ciento anual, cifra equivalente a la pérdida de un territorio arbolado tan grande como Inglaterra y país de Gales juntos. En cuanto a la competencia, esta tiende a ser más feroz en la medida en que aumenta la demanda y se reducen los recursos, estando involucrados tanto los países periféricos como los países imperialistas. Pero son estos últimos los que se llevan la mayor parte del botín, por su excesivo nivel de consumo —recuérdese que Estados Unidos gasta el 30 por ciento de los recursos mundiales, lo cual es refrendado por su poder militar, para asegurarse el aprovisionamiento de materias primas y energía.

La hegemonía imperialista de los Estados Unidos se sustenta en su expansión militar como en ningún otro momento de la historia del siglo anterior. En efecto, hoy los gastos militares de los Estados Unidos doblan a los de todos los otros países del mundo. Esos gastos militares implican más producción de armas, tanques de guerra, aviones, armas no convencionales, financiación de servicios secretos, contratación de mercenarios y establecimiento de “pactos” y “alianzas” con muchos países de los cinco continentes, en los cuales se han establecido bases terrestres, marítimas y aéreas directamente manejadas por las fuerzas armadas de los Estados Unidos. Esta vasta red de bases estadounidenses es un componente esencial de la dominación imperialista de la posguerra fría: su ejército tiene diseminado por todo el planeta medio millón de soldados, espías, técnicos, instructores, auxiliares, contratistas civiles y mercenarios; trece destacamentos de fuerzas navales con gigantes portaviones dominan mares y océanos; en el 2003, según los propios informes del Departamento de Defensa, Estados Unidos contaba con 702 bases militares en 130 países. En esas bases existen 44.870 cuarteles, hangares, hospitales y otros edificios de su propiedad y tienen 4.844 más en arrendamiento. Este hecho, entre otras cosas, demuestra que la

versión estadounidense de las colonias son las bases militares, con lo que queda nuevamente en evidencia que “el militarismo y el imperialismo son hermanos siameses unidos por la cadera”<sup>7</sup>.

El gasto militar de los Estados Unidos, incrementado exponencialmente después del 11 de septiembre del 2001, es indispensable para que ese país preserve su condición parasitaria, pues sólo mediante la intimidación militar puede subordinar y someter a sus potenciales y reales adversarios, con el claro propósito de asegurar el flujo de tributos de sus vasallos hacia el corazón del imperio. En estas condiciones, la guerra permanente se ha convertido en una lógica de supervivencia para mantener artificialmente su economía y preservar a toda costa su cuestionada hegemonía. A su vez, ese gasto militar se financia con la emisión de dólares sin ningún tipo de respaldo, con los que puede inundar al planeta, manteniendo una prosperidad que no se corresponde con la decadencia de su aparato productivo y con el predominio del capital financiero y especulativo<sup>8</sup>. En consecuencia, la guerra contra el “terrorismo” no es una política coyuntural impulsada por un determinado gobierno, el de George Bush, sino que hace parte de un proyecto imperialista que pretende revertir la subordinación de la economía de los Estados Unidos con respecto a otras potencias capitalistas.

Existe una simetría casi perfecta entre el despliegue de bases militares de los Estados Unidos y las zonas productoras de petróleo, puesto que el interés principal del imperialismo radica en controlar las reservas mundiales de hidrocarburos. En este sentido, el petróleo no solamente es importante como la fuente energética fundamental de la civilización capitalista sino que es, en lenguaje geopolítico, una fuente de poder. Quien lo controle podrá imponer sus condiciones a las otras potencias, sobre todo a aquellas que más dependen del petróleo extranjero, como la Unión Europea y el Japón, algo que no debería pasar desapercibido para entender las guerras

---

<sup>7</sup> Chalmers Jonson, “El Imperio estadounidense de las bases”, en *Rebelión*, febrero 10 de 2004.

<sup>8</sup> Ramón Fernández Durán, *Capitalismo financiero global y guerra permanente. El dólar, Wall Street y la guerra contra Irak*, Editorial Virus, Barcelona, 2003.

del presente y del futuro inmediato, casi todas relacionadas de una u otra forma con el oro negro.

La guerra contra el terrorismo y la guerra por el petróleo se complementan a las mil maravillas, como se puede apreciar en Asia Central y en el Caucazo, donde el derrocamiento de los talibanes sólo fue el primer paso en el objetivo estratégico de los Estados Unidos de permanecer en la región de manera indefinida para controlar las vastas reservas de energía de la cuenca del Mar Caspio. Para ello han incrementado su despliegue militar en Georgia, en Kazajstán y en la mayoría de repúblicas ex soviéticas. En Colombia, la lucha contra los estupefacientes sólo ha sido un pretexto del proyecto contrainsurgente encaminado a proteger los oleoductos que conducen el petróleo hacia el exterior y apropiarse de importantes recursos naturales, todo lo cual está bosquejado en el Plan Colombia. En Venezuela, el objetivo máximo es derrocar al régimen de Hugo Chávez para retomar el control absoluto de uno de los primeros productores mundiales de petróleo. En Irak, dos años después del comienzo de la ocupación, resulta casi una perogrullada decir que el petróleo es la savia que alimenta esta agresión imperialista. Y en estos momentos está en marcha la ambientación de la agresión contra Irán, el objetivo primordial de la segunda administración Bush junior, como ya se anunció por parte de los halcones imperialistas.

El petróleo no interesa solamente como materia prima esencial para el funcionamiento del capitalismo estadounidense sino que se convierte en un Instrumento de poder para lograr otros fines: romper la dependencia del petróleo de Arabia Saudita, primer productor mundial, ante eventuales cambios políticos en el seno de la corrupta monarquía saudita, lo que supondría una pérdida importante para los Estados Unidos; debilitar o destruir a la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) de tal forma que los productores del crudo no puedan incidir en el control de la cantidad y del precio ofrecido en el mercado mundial; evitar que otros países siguieran el ejemplo de Irak, país que había adoptado en tiempos de Saddam Hussein como patrón de referencia al euro en lugar del dólar, lo cual incidiría directamente en la economía de los Estados Unidos una de cuyas ventajas radica en la emisión de dólares sin ningún tipo de respaldo; y someter a

Europa occidental que depende en gran medida del crudo proveniente del medio oriente. Esta es una clara muestra del interés geopolítico en controlar las principales fuentes de petróleo, lo que para los Estados Unidos es una cuestión de seguridad nacional, puesto que este país, con tan sólo el 3 por ciento de la población mundial, consume la mitad de todo el petróleo que se gasta en el planeta. Su dependencia del crudo extranjero lo lleva a importar un 60 por ciento de lo que consume, cifra que en poco tiempo llegará al 80 por ciento. De ahí la preocupación obsesiva de asegurarse fuentes de abastecimiento, seguras y baratas y en términos inmediatos Irak es una de ellas, ya que constituye la segunda reserva mundial de petróleo, solo superado por su vecino Arabia Saudita.

Estados Unidos impulsa otra fuente directa de guerra, a través de la cual se reafirma la estrecha relación que las actividades bélicas guardan con el comercio: la venta de armas y el empleo de mercenarios, denominados ahora con el término benigno de “contratistas”. Y esto también está ligado a la economía estadounidense, puesto que la producción de armas es uno de los pocos rubros en los que ese país cuenta con indudables ventajas. Por eso, su interés en inundar al mundo de armas, creando guerras y conflictos y alimentando odios étnicos y religiosos, no solo para pescar en río revuelto y mantener su dominio, sino también para obtener fabulosas ganancias con la industria de la muerte.

### **3. PLENA INTEGRACION ENTRE EL LIBRE COMERCIO Y LA GUERRA**

Aunque en los dos párrafos anteriores hemos tratado de hablar por separado del libre comercio y de la guerra por los recursos nos ha sido difícil mantenerlos como dos procesos diferentes, por la sencilla razón que en la práctica son dos instrumentos de dominación imperialista mutuamente complementarios. Al respecto, Thomas Friedman, un cultor de la globalización, periodista estrella del New York Times, ha reconocido esa interpenetración entre el libre comercio y la guerra, al sostener:

Para que la globalización avance es imprescindible que EEUU actúe con toda su omnipotencia. La mano invisible del mercado jamás

funcionará sin el puño invisible. McDonalds no prosperará sin la MacDonnell Douglas que ha construido el F- 15. El puño Invisible que garantiza un mundo seguro para Silicon Valley se llama Ejército, Aviación, Marina y Cuerpo de Marines de EEUU<sup>9</sup>.

Es interesante preguntarse ¿qué factores explican que el libre comercio sea una forma de guerra y la guerra un negocio? La respuesta se encuentra en la esencia misma del imperialismo, en la que existe una compenetración entre economía, política y poder militar, sin que sea posible disociarlos, puesto que al fin y al cabo para garantizar y defender las inversiones de adversarios y competidores, un país imperialista necesita el respaldo de la fuerza bélica. Además, hasta ahora no han desaparecido los nexos entre compañías y estados, tan característicos del imperialismo, y antes por el contrario estos se han reforzado, como se evidencia en Irak. En efecto, el gobierno de Bush ha concedido a empresas de los Estados Unidos el reparto de todas las actividades encaminadas a la “reconstrucción” del país, luego de que fuera arrasado mediante los bombardeos con misiles fabricados también por empresas de los Estados Unidos.

Ahora bien, esta guerra asume por lo menos dos formas generales: primero, una *guerra comercial*, “silenciosa” y consentida, encaminada a saquear por medios aparentemente pacíficos las fuentes de materias primas, contando con la complicidad de las clases dominantes locales. En este caso el saqueo de los recursos no asume un carácter militar abierto, en la medida en que esas clases dominantes usan del Estado y de todos sus instrumentos de represión y de control social para facilitar la explotación de los recursos materiales y energéticos nacionales; segundo, acciones militares abiertas en aquellos lugares en los que existen disputas con otros países o donde las clases dominantes locales se resisten a regalar sus recursos y existen brotes de nacionalismo económico entre importantes sectores de la población (como en la Venezuela actual). Desde Juego que las dos formas no son contrapuestas, sino más bien complementarias, ya que el despliegue de la fuerza armada se convierte en un mecanismo de disuasión para convencer a todos aquellos países remisos a someterse a

---

<sup>9</sup> *New York Times*, marzo 28 de 1999.

los dictados de las grandes potencias (lo que es más evidente en el caso de los Estados Unidos) y para que se resignen a ceder en bandeja de plata sus recursos naturales a las grandes empresas multinacionales y a los países imperialistas.

La firma de acuerdos y de tratados de libre comercio persigue la apropiación, “pacífica” y “consentida”, de los principales recursos naturales de los que pueda disponer un determinado país, para que los capitalistas de los países dominantes puedan apropiarse directamente de ellos sin ningún tipo de obstáculo. El mejor ejemplo de la fusión entre libre comercio y guerra se encuentra en la jefatura del Banco Mundial, pues a su cabeza ha llegado nada más y nada menos que Paul Wolfowitz, uno de los halcones de guerra de los Estados Unidos, portavoz del lobby judío y responsable y copartícipe en las guerras imperialistas de Estados Unidos del último cuarto de siglo. No es difícil suponer que, como sucedió con Robert McNamara quien paso de la Secretaria de Defensa de los Estados Unidos a presidir el Banco Mundial luego de atizar la guerra de Vietnam, para Impulsar la guerra demográfica, la revolución verde y los primeros planes de ajuste como mecanismos bélicos no convencionales contra los pobres de la tierra, Wolfowitz se vaya a metamorfosear de halcón de guerra en una mansa paloma y que al frente del Banco Mundial atempere sus instintos genocidas y deje de defender los intereses imperialistas de Estados Unidos.

En el nuevo reparto del mundo el libre comercio no se puede imponer por sí mismo, porque el mercado necesita algo más que una mano invisible, en verdad precisa del apoyo de las garras imperialistas. Esto se ha puesto de presente en la ocupación de Irak, ya que la decisión de invadir a este país se tomó conjuntamente entre el Pentágono y las compañías petroleras, visualizando que esta acción criminal les proporcionara fabulosas ganancias al sacar del juego a compañías rivales de Francia, Rusia y China, que previamente habían firmado contratos con e gobierno de Irak. Como para que no quede duda de la compenetración entre los intereses económicos y militares en el caso de los Estados Unidos, es bueno recordar que los principales personajes de la administración Bush están untados de petróleo – y de sangre – hasta el cuello: Bush padre integró el gran grupo empresarial

Carlyle por su directa relación con el sector de energía; el actual presidente G. W. Bush el grupo Harkins Oil; el vicepresidente Cheney fue uno de los principales directivos de Halliburton Oil; Condolezza Rice tiene relación con Exxon y Texaco y el jefe del Pentágono, Donald Rumsfeld, fue un hombre de la petrolera Occidental.

La acentuada militarización del mundo evidencia la estrecha relación entre la economía, la política y la guerra, sin que este último aspecto sea secundario o episódico, porque se supone que la guerra es la ruptura de la paz permanente que caracterizaría el mundo contemporáneo, para lo cual se toma como modelo, en una típica lectura eurocentrista de la historia, a los Estados Unidos y a Europa occidental en donde no se han presentado guerras desde el fin de la Segunda Guerra Mundial (1945).

A partir de este hecho se ha difundido alegremente la idea de que la guerra es la excepción y no la norma y que el imperialismo recurriría únicamente en última instancia a la guerra. Esta interpretación reduce el mundo a los polos euroatlánticos dominantes, porque desde 1945 prácticamente no ha existido un solo día en que no se haya presentado una guerra o una agresión, directa o indirectamente relacionada con los intereses imperialistas, en diversos lugares del mundo. Pero, además, esa interpretación desconoce los nexos estrechos entre la economía y la guerra (como continuación de la política), dando por sentado que son entidades independientes. En el mundo real del imperialismo eso es una ficción, porque la guerra se ha convertido en una industria muy rentable – y de las más productivas y base de todas las innovaciones tecnológicas de los últimos 60 años – en varios sentidos: en términos estrictamente económicos, es la base del complejo militar-industrial que ha jalonado a la economía estadounidense desde la época de la Guerra Fría; en términos bélicos, porque su poder ha servido para invadir, ocupar y arrasarse con países enteros (Vietnam, Yugoslavia, Irak..) y para apoyar o sostener regímenes títeres que han posibilitado el mantenimiento del dominio de los Estados Unidos (Israel, el régimen racista del apartheid en Sudáfrica, Colombia...). El aparato bélico, desde un punto de vista estratégico, es esencial para que el Imperialismo se mantenga y sin dicho aparato, y sin la guerra permanente, hoy ya no existiría el imperialismo. Que esto es así

queda demostrado con hechos evidentes del mundo actual, entre los cuales los más destacados son el armamentismo creciente que se ha desarrollado en los primeros años del siglo XXI – pese a que en 1989-1991 se aseguró que habíamos entrado en una fase histórica en la que ni las armas ni la guerra serían necesarias, anunciándonos que ahora si se iba a realizar la utopía kantiana de la “paz perpetua” – y las guerras imperialistas libradas en distintos lugares del mundo.

Para determinar el carácter imperialista de esas guerras no se necesita mucho esfuerzo – por supuesto si se va más allá de las apariencias de los discursos apologéticos de las guerras humanitarias y otros sonsonetes por el estilo (“guerras justas”, por ejemplo) –, solo hay que desentrañar los verdaderos intereses que se esconden detrás de las mismas, y esos intereses hacen referencia a la necesidad de mantener y controlar recursos estratégicos (empezando por el petróleo), o someter nuevos territorios a la lógica mercantil y capitalista para aprovecharse de nuevos recursos (la biodiversidad), como sucede en la Amazonia o en la triple frontera (Brasil, Paraguay y Argentina), para apropiarse del acuífero guaraní, el más extenso del mundo. Además, la guerra es un mecanismo indispensable del imperialismo tanto para imponer sus políticas (el consenso de Washington) con la participación consciente de las clases dominantes en cada país, así como para aniquilar todas las formas de resistencia y lucha que pretendan oponerse a esas políticas antipopulares.

Con todos estos elementos puede señalarse que la guerra es consustancial al imperialismo y no es ni episódica ni coyuntural ni tampoco es producto – como se dice para el caso actual de los Estados Unidos – de un minoritario sector guerrerista que se tomó por asalto la Casa Blanca. Esta es una explicación no solamente benigna sino mentirosa, puesto que una mirada atenta a la historia de los Estados Unidos (incluyendo la más reciente) indica que indistintamente la guerra ha sido un proyecto político de demócratas y republicanos (representantes del Partido del Capital, como lo llama Noam Chomsky) y de todos los sectores económicos poderosos que forman parte del complejo militar-industrial, incluyendo a los investigadores y científicos, cuyas invenciones y descubrimientos no hubieran sido posibles sin el apoyo del Pentágono.

Pero igualmente existe otra forma de dominación colonial, un poco más encubierta, que se expresa a través de la imposición de los Tratados de Libre Comercio, mediante los cuales los países que los firman se subordinan por completo a los dictados de los Estados Unidos y de sus empresas, perdiendo incluso los más elementales aspectos de soberanía. No por casualidad, lo que está en discusión a raíz de los sucesos de diciembre de 2004 en Venezuela es si un país puede seguir ejerciendo su soberanía o se limita a aceptar la noción espuria que hoy defiende Estados Unidos (y sus súbditos del gobierno de AUV) de “soberanía limitada”, un eufemismo para justificar la intervención en cualquier momento de un país en el territorio de otro, cuando lo estime conveniente.

#### **4. GUERRA Y LIBRE COMERCIO: EL EJEMPLO COLOMBIANO**

Para terminar esta exposición creemos pertinente presentar un ejemplo de la estrecha relación entre guerra y libre comercio, y nada mejor que el caso de Colombia, el cual puede catalogarse como un prototipo ilustrativo de neoliberalismo armado.

Colombia es un país que desde el siglo XIX ha fascinado a geógrafos y viajeros, por algunas razones, que enumeramos en forma muy esquemática: la diversidad geográfica que hace de Colombia uno de los países más variados del mundo, con tres cordilleras, todos los pisos térmicos, dos costas, la selva pluvial del Chocó y del Amazonas, extensos llanos en el oriente del país, fértiles valles interandinos, importantes fuentes de agua a lo largo y ancho de todo el territorio nacional, un sistema de páramos que abastece de agua a varias regiones; su biodiversidad, puesto que somos el tercer o cuarto país más biodiverso en general y el primero en ciertas especies animales y vegetales; su riqueza natural, expresada en que en nuestros suelos existen distintos materiales energéticos y minerales, importantes reservas forestales y materias primas; su riqueza cultural, ya que aún hoy subsisten más de 80 grupos étnicos y en nuestro suelo se hablan unas 60 lenguas indígenas.

Al mismo tiempo que los viajeros extranjeros se maravillan (aún hoy) con esta riqueza y biodiversidad, los más perceptivos y críticos en el ámbito

social han señalado que este país es uno de los más injustos y desiguales del mundo, donde siempre han imperado los grandes latifundistas y ganaderos, gracias a la expropiación legal y violenta de indígenas, campesinos y colonos de sus tierras. Al respecto es célebre el calificativo de un viajero francés de fines del siglo XIX que acuñó una caracterización afortunada sobre Colombia, diciendo que aquí reina una oligarquía compuesta por 14 familias.

Ese monopolio territorial se proyecta hasta el día de hoy, como se demuestra con cifras elementales: sólo el 1,2 por ciento de los dueños de la tierra acaparan el 55 por ciento de todas las tierras disponibles; nunca se efectuó una reforma agraria en este país ni se tocó el poder de los terratenientes, los cuales siempre han desempeñado un papel protagónico en la política y en la sociedad colombiana (para no ir más lejos, el actual presidente se comporta como un mayordomo de hacienda); en los últimos 15 años hemos asistido a una contra-reforma agraria – lo cual parece paradójico en un medio donde, como dijimos antes, nunca hubo reforma agraria – lo que ha ocasionado el robo de las tierras de los campesinos y colonos, despojados a sangre y fuego por los grupos paramilitares, los cuales acaparan 5 millones de hectáreas, cuyos dueños se encuentran concentrados, y protegidos por el Estado colombiano, en San José de Realito (en el Departamento de Córdoba, en donde no por casualidad el presidente de la República tiene su propia finca); este gobierno prohibió el uso del término Reforma agraria, por considerar que constituye una reivindicación propia de lo que denomina “grupos terroristas” desconociendo una de los soportes fundamentales del conflicto armado, al que también niega.

La desigualdad y la injusticia social que tiene su soporte histórico en el ámbito rural, también se manifiesta en todos los otros sectores económicos, entre los que sobresale la ganadería, ligada al poder de la tierra, sector que se ha expandido y fortalecido en los últimos años. Eso mismo acontece en el comercio, la poca industria que queda y el sector financiero. 5 grandes grupos económicos – llamados popularmente en nuestro medio como los “cinco cacao” – son los dueños de las principales empresas, los bancos y los medios de comunicación. Estos

sectores son los que controlan y concentran la mayor parte de la riqueza del país, siendo los mismos que tienen como ideal y proyecto de vida a Miami, y por eso quieren que nuestro país sea un suburbio pobre de los Estados Unidos, mientras que ellos disfrutan de los favores del imperio, al tiempo que le entregan en bandeja las riquezas y recursos que se encuentran en nuestro territorio.

Por supuesto que la concentración de la riqueza se expresa, como contrapartida, en la miseria generalizada de la población colombiana: 34 millones de pobres, entre 45 millones de habitantes; el 45 por ciento del total de la población colombiana es indigente (es decir, más que pobres); 19 millones padecen de hambre o desnutrición crónica; 78 por ciento de colombianos viven por debajo de la línea de pobreza; el 80 por ciento de la población económicamente activa está desempleada, subempleada o en la informalidad; 3 millones y medios de colombianos han sido expulsados de sus tierras en los últimos años; el índice Gini – que mide la concentración del ingreso – en el país es de 0,519, uno de los más altos de América Latina...

Por supuesto que una sociedad tan injusta sólo se ha podido sustentar en la violencia, en la intolerancia, en el asesinato de los adversarios y en el exclusivismo político de un régimen bipartidista, cuyos voceros han creado dos mitos, incluso de circulación internacional: primero, Colombia es la democracia más vieja y más firme de América Latina, supuestamente porque aquí no han existido dictaduras militares ni interrupciones en los procesos electorales; segundo, Colombia es un país tolerante en términos raciales y culturales por el mestizaje, ocultando la discriminación y marginación socio-económica y racial que siempre han soportado millones de habitantes de este país. Al margen de estas dos falacias, en la Colombia de hoy predomina la antidemocracia, así se presenten periódicamente elecciones, lo cual no es para nada contradictorio, si se tiene en cuenta que los grupos paramilitares reconocen que controlan el 35 por ciento del Parlamento, tienen gobernadores, alcaldes, concejales y están metidos en la Fiscalía y otras instancias del alto gobierno. Por si hubiera duda sobre esta “democracia asesina” (como alguna vez la llamo el historiador Eric Hobsbawm), algunos datos vienen en nuestra ayuda: 5000 dirigentes

sindicales asesinados en los últimos 18 años; de todos los crímenes sindicales que anualmente se realizan en el mundo, a Colombia corresponden el 90 por ciento; 5000 militantes de la Unión Patriota han sido eliminados en los últimos 20 años, en lo que se constituye el peor genocidio político de la historia contemporánea; Colombia es el segundo país del mundo en el que se asesinan maestros, defensores de los derechos humanos, líderes cívicos y campesinos; en este país solamente existe un periódico de circulación nacional, propiedad de la familia del actual vicepresidente; cualquier proyecto alternativo siempre ha sido liquidado a sangre y fuego y en el terreno cultural e ideológico, aunque las jerarquías católicas han perdido prestigio y legitimidad siguen siendo las guardianas de la intolerancia, como lo demuestra cada vez que se discute un tema de trascendencia, como el aborto.

Pese a estos hechos, o precisamente por ellos, en Colombia han sido notables las luchas y rebeliones populares, frecuentemente ahogadas en sangre. Y esa no es una situación nueva, sino una constante histórica, porque la primera Violencia (de 1945 a 1965) cobró la vida de 300 mil colombianos humildes, muertos a nombre de liberales y conservadores, partidos entre los que luego se selló un pacto de reconciliación, que excluyó del poder político a cualquier otra fuerza, y que se conoció en nuestra historia como el Frente Nacional.

En el mantenimiento del régimen bipartidista y del poder de las clases dominantes han sido indispensables la violencia y el apoyo directo de los Estados Unidos durante todo el siglo XX, desde el momento en que esas clases se plegaron al dominio imperialista. El comportamiento antinacional del actual gobierno se inscribe en una larga tradición de postración ante los intereses de los Estados Unidos, entre cuyos hechos hay que destacar la pérdida de Panamá en 1903, la participación en la Guerra de Corea entre 1950 y 1953 del ejército de Colombia y, más recientemente, el apoyo de AUV a la masacre de Irak, siendo el único gobierno de Sudamérica que públicamente respaldó ese genocidio.

Hoy por hoy, el apoyo económico y militar de los Estados Unidos es indispensable para que esas clases dominantes criollas sostengan la guerra

en que se han embarcado para preservar intacto su poder sin repartir ni un metro de tierra ni un céntimo de sus riquezas. Al respecto sólo baste recordar que Estados Unidos le suministra a Colombia más de dos millones de dólares diarios con destino a las fuerzas armadas, lo que ha llevado a que este país se convierta en el tercer país del mundo en recibir ayuda militar directa del imperio (después de Israel y Egipto). En concordancia con ese hecho, Noam Chomsky ha demostrado que la “ayuda militar” de los Estados Unidos es proporcional a la violación de los derechos humanos, lo cual lo confirma de lejos el caso colombiano.

Por supuesto, esta “ayuda” no es desinteresada sino que se inscribe en el ámbito de los objetivos estratégicos de Washington, tendientes a asegurarse el control de una zona vital por su ubicación geográfica, por su riqueza natural, por su biodiversidad, por sus recursos energéticos (Colombia es el séptimo abastecedor de petróleo de los Estados Unidos) por su Interés geopolítico en relación con el “desorden” de los países vecinos (en especial Venezuela). Como siempre, los Estados Unidos tienen un pretexto para intervenir, al que le han aplicado el apelativo de Guerra contra las Drogas.

Los intereses de los Estados Unidos en el caso colombiano replican las características generales que esbozamos en la primera parte de esta ponencia, es decir, los nexos entre el libre comercio y la guerra, pero a un nivel todavía más dramático. El libre comercio ha sido impulsado desde hace quince años con la aquiescencia de las clases dominantes, lo que destruyó la base agrícola e industrial que aquí se había podido construir después de 1950, aumentando la miseria de las mayorías populares, incrementando la huida de colombianos hacia el exterior y acentuando la violencia. La fase actual del TLC simplemente es la consumación de un proyecto antinacional que se inició en 1990, con el gobierno neoliberal de César Gaviria Trujillo, no por casualidad después Secretario del Ministerio de Colonias de los Estados Unidos (la OEA). En aras del libre comercio durante los últimos tres lustros se ha radicalizado la entrega de las riquezas naturales del país, abriendo en forma abrupta la economía, facilitando la inversión al capital extranjero, eliminando los aranceles, permitiendo la repatriación del 100 por ciento de las ganancias de las

empresas foráneas, respaldando el proyecto de privatización para que las transnacionales se queden con los activos de las principales empresas públicas del país, en el terreno de las telecomunicaciones, la banca oficial y la salud, entre otras, y dándoles todo tipo de facilidades para que se apropien de nuestra biodiversidad y riquezas minerales y forestales.

Para que todo esto fuera posible, las clases dominantes de este país no han dudado en recurrir a la violencia, pues vaya coincidencia el mismo período de la apertura económica está perfectamente sincronizado con la extensión del poder paramilitar, sustento real del libre comercio que internamente se ha impuesto en el país, y aliado estratégico de los Estados Unidos. A todos aquellos que han protestado contra las privatizaciones, la reducción de salarios, el desempleo, la caída de los precios de las materias primas (como el café), se les ha acallado por medio de la represión oficial del Estado colombiano o la acción de las fuerzas paraestatales. Los sindicatos y sus dirigentes han sido silenciados a través del asesinato directo para que nadie se oponga a la flexibilización laboral ni a los leoninos acuerdos con multinacionales, a las que se les entrega lo divino y lo humano. A los campesinos e indígenas que se oponen a los megaproyectos y grandes obras de infraestructura, funcionales al libre comercio, se les ha masacrado, se les han quemados sus viviendas y sus cosechas y se les ha expulsado de sus suelos. No es raro que en las mismas zonas de expulsión de campesinos se hayan levantado fincas ganaderas, cultivos de palma, banano o flores, presentados como renglones exitosos del modelo exportador en boga, sin decir que están arrasando con los ecosistemas y sus habitantes ancestrales. Tampoco es extraño que el poder paramilitar se haya apropiado de reservas de biodiversidad o de zonas en donde hay minerales o se proyecta la construcción de megaproyectos, zonas que en muchos casos ya han sido apropiadas por empresas multinacionales.

Considerando este carácter inherentemente violento del libre comercio en Colombia, con la participación activa de fuerzas armadas estatales y parastatales, bien se puede caracterizar al modelo aquí imperante como neoliberalismo armado. Con este apelativo estamos haciendo alusión al hecho particular de Colombia – aunque ya se ha producido en otros lugares, en los que los Estados Unidos también aseguraron su hegemonía, como

en Guatemala – en donde para imponer el libre comercio actúan con total impunidad las fuerzas desembozadas que con él se favorecen, y no sólo recurriendo a la violencia del Estado (lo cual ha ocurrido en todos los lugares donde se ha impuesto el neoliberalismo) sino a fuerzas paraestatales, apoyadas y financiadas por terratenientes, ganaderos, exportadores, comerciantes, industriales y banqueros. Y tras todos ellos, los Estados Unidos.

En el gobierno actual se sintetizan los intereses más reaccionarios del libre comercio y de la guerra como componentes centrales del neoliberalismo armado, un proyecto que al mismo tiempo se sustenta en la concepción de la “guerra permanente contra el terrorismo”, pregonada por su jefe máximo, George Bush, y que ha conducido a entronizar la represión generalizada en todo el país, junto con la legalización de los paramilitares. Al mismo tiempo, este régimen se ha distinguido por golpear a los pobres y humildes, eliminando sindicatos y sindicalistas, cerrando hospitales, privatizando la salud y la educación, aumentando los impuestos que golpean a la empobrecida población colombiana y eliminando los impuestos – si existían – al capital y a la propiedad territorial, así como al capital extranjero. Al respecto, en la última reforma tributaria que ha propuesto el gobierno actual, se plantea la eliminación del impuesto del 7 por ciento que grava las remesas de ganancias al exterior y la rebaja de los impuestos al capital y la no imposición de ningún nuevo gravamen sobre la tierra.

Por ello, es perfectamente normal que AUV viaje a Estados Unidos a informarles a las compañías tejanas del petróleo – las mismas que han ensangrentado a Irak – que pueden sondear y explorar, oigase bien, en el 80 por ciento del territorio colombiano y que ese mismo personaje diga que el TLC es una prioridad nacional imprescindible para “modernizar” el país, porque si no se firma se van a alejar las inversiones extranjeras y Colombia se va a hundir en la ruina y la desolación (como si ya no viviéramos así desde hace años) y que no hay tiempo que perder en la competencia por saber rápido quién es el presidente más servil del continente. Todo esto, desde luego, se sustenta en la fuerza bruta, es decir, en más armas, aviones, tanques, y planes de agresión que

RENÁN VEGA CANTOR

complementen a los puestos en marcha en los últimos años (llamados eufemísticamente Plan Colombia y Plan Patriota), financiados, asesorados e impulsados por los Estados Unidos. Estos simplemente han ordenado a su súbdito preferido, y el más obediente de todos, que en caso de no aprobarse el TLC va quedar en duda el respaldo financiero a la guerra interna que se libra en Colombia, y en la que contamos con 1600 “asesores” gringos. Por eso, el mayordomo que preside este país, al que considera como una gran hacienda, se ha apresurado a cumplir la orden de sus amos y ha dispuesto que el TLC debe ser firmado de inmediato. Queda claro así que, en nuestro caso, el libre comercio hace parte de la guerra y la guerra se retroalimenta con el libre comercio, porque para que finalmente se impongan las fuerzas del “libre mercado” se necesita de la mano bien visible y bien armada de los Estados Unidos y de sus cipayos tropicales.